

SERMON

SOBRE EL MISTERIO DE LA CIRCUNCISION DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL BASILICA

DE OVIEDO,

EL DIA 1.º DE ENERO DE 1873.

POR EL ILMO. SR.

DR. D. BENITO SANZ Y FORES

Obispo de la misma

DIRIGIDO EN FORMA DE CARTA PASTORAL AL CLERO Y FIELES

DEL OBISPADO.



OVIEDO.

Imprenta de **LA UNIDAD,**

á cargo de J. Laruelo,

1873.

A. 128120883

NOS EL DOCTOR DON BENITO SANZ Y FORÉS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE OVIEDO, ETC.

Al venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral Basílica y de la Colegial de Covadonga, Reverendos Párrocos y eclesiásticos de la Diócesis, Religiosas en clausura y á los fieles todos de la misma, salud y bendicion en Nuestro Señor Jesucristo.

Haec est vita aeterna ut cognoscant te solum verum Deum, et quem missisti Jesum Christum.

Joann. XVII. 3.

Con todo el orbe católico celebramos, venerables hermanos y amados hijos en Jesucristo, el misterio de la Circuncision del Hijo de Dios hecho hombre, le contemplamos voluntariamente sometido à una ley humillante y dolorosa, y adoramos el augusto nombre que se le impone. Este nombre nos descubre su mision y su influencia, y nos le presenta en toda su grandeza: Dios hombre Salvador del género humano; luz del mundo (1), camino, verdad y vida de la humanidad (2), fundamento fuera del cual no puede ponerse otro (3), en quien y por quien ha querido Dios Padre restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (4).

Cristo ha nacido para nosotros, nos dice la Santa Iglesia, venid adorémosle. Adorémosle en espíritu y en verdad, para que no se diga de nosotros lo que el mismo Jesucristo decia de los Samaritanos: vosotros adorais al que no conoceis (5). Conozcámosle; conocerle es prepararse la vida eterna (6). Escuchémosle:

- (1) Joann. VIII. 12.
- (2) Joann. XIV. 6.
- (3) I Cor. III. 10.
- (4) I Eph. I. 10.
- (5) Joann. IV. 22.
- (6) Joann. XVII. 3.

esta es la voluntad del Padre (1) su palabra es de vida eterna (2). Amémosle: su amor nos lleva al cumplimiento de la ley (3), y nos atrae el amor del Padre (4). Imitémosle: imitarle, vivir de su espíritu, vestírnos de El mismo, hacernos conformes á su imagen, es condicion necesaria para ser suyos, para ser del número de los predestinados (5). Ved aquí por qué decia el grande Apostol: yo vivo en la fè del Hijo de Dios (6), lejos de mi el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo (7), yo no presumo saber sino á Jesús crucificado (8), y todo lo desprecio por esta ciencia superior, à fin de lucrar á Cristo, y unirme á El (9), porque ya no vivo yo; Cristo es quien vive en mi (10)

¿Son muchos los que pueden hablar así? Son muchos los que pueden repetir con el dulcísimo San Bernardo: toda mi filosofía, toda mi sabiduria es Jesucristo (11)? El deseo de que lo seais vosotros para que se vean en vuestras obras los admirables frutos de esta ciencia; a la vez que la desconsoladora perspectiva que ofrece el mundo, me mueve á hablaros hoy de la necesidad de conocer á Jesucristo: cuan poco se le conoce, aun entre los cristianos: consecuencias de esta falta de conocimiento.

I.

Somos cristianos, V.H. y A.H.: ni uno solo entre nosotros que no se llame con este nombre, ni uno solo que no tome à injuria oír que se le niega este titulo de honor. Tal es la dignidad que imprime, tal la grandeza divina que comunica, que aun los que en su conducta lo renuncian, en su palabra lo retienen y reivindican como propio, porque es sinónimo de hombre regenerado, de hombre elevado á un órden divino, de hombre, en fin, que se llama y es hijo Dios por adopcion amorosa del Omnipotente (1). Ser cristiano, dice el libro en que aprende el niño las eternas verdades, el pequeñito libro que desdeña el hombre, cuando ni un dia debiera dejar de leerlo y meditarlo, ser cristiano, dice ese opúsculo llamado Catecismo, es ser discípulo de Jesucristo. ¡Oh

(1) Math. XVII. 5. (2) Joann. VI. 69.

(3) Joann. XIV. 23. (4) Joann. XIV. 21.

(5) I Rom. VIII. 29 (6) Gal. II. 20.

(7) Gal. VI. 14. (8) I Cor. II. 2. (9) Philip. III. 8.

(10) Gal. II. 20. (11) S. Bernard. Serm. 43 in Cantica.

(1) Joann. III. 1.

cuanto dice esta palabra, cuan profundo es su significado! Si al meditase el hombre como debe, ella le bastaria para renovarle en todo su ser y elevarle al término de la virtud. ¡Discipulo de Jesucristo! El discípulo debe necesariamente conocer á fondo su maestro. Sin este conocimiento en nada acreditará aquella cualidad, y al querer usurpar el nombre, las acciones darán un mentís solemne à sus palabras.

Los caractéres y deberes del discípulo son respetar á su maestro, creer su doctrina, imitar sus acciones, aspirar al término que aquel le señala. Ninguno de estos deberes se cumple sin el conocimiento de Jesucristo. Sin él, la persona y la memoria del maestro se hacen indiferentes al discípulo, sus lecciones no se graban en el corazon, sus ejemplos no ejercen influencia, su amor se estingue, y ni aun su nombre se pronuncia, ó sale de los labios sin que arranque del corazon.

Pero, hay, V. H. y A. H., entre los hombres, hay entre los cristianos quien no conozca à Jesucristo? Por desgracia son mas de lo que parece, y ese conocimiento, esa ciencia de Jesucristo por la cual despreciaba todas las cosas el grande Apóstol (1), y que debiera formar la base de todos los conocimientos cristianos, es mirada con indiferencia, si no es completamente ignorada. Porque no se trata de un conocimiento de nombre, superficial, histórico, puramente especulativo, sinó de un conocimiento sólido, que descubriendo al hombre quien es Jesucristo, su divinidad, su doctrina, su sacrificio, su obra, desenvuelve à los ojos del alma el gran cuadro de las verdades, las bellezas y los tesoros de la Religion, y cautivando el entendimiento en obsequio de Cristo, le rinde tambien el corazon en el cual introduce el sentimiento del respeto y del amor que es hijo de la fé. Trátase de un conocimiento que tiene en esta su principio, y se dilata, se engrandece y se ilustra, y despues de haber derramado multiplicada la luz en la inteligencia, llena el alma, y la embalsama y la vivifica con el calor que reflejando de la inteligencia al corazon, como en espejo ustorio, produce aquella luz vivísima. Porque este es el carácter y el efecto de la verdadera fé. Como en el órden natural no dá vida, ni grandeza al alma la idea que permanece inerte y sin influencia en el entendimiento, cual libro precioso sellado en un estante, ó como pergamino de nobleza empolvado en un

(1) Philip. III. 8.

archivo, sino aquella tan solo que con actos repetidos es ilustrada y fecundada para que sea madre de nobles sentimientos en el corazon, y principio influyente de acciones que la sensibilizan así en el órden religioso, en el órden sobrenatural solo merece apreciarse la fé viva, activa, operante, la fé que ilustrando al entendimiento con el ejercicio de actos repetidos, le llena de sí misma, le rinde á su luz cautivándole en servicio de Cristo con obsequio racional, como dice el Apóstol (1), y se convierte en origen de sentimientos de virtud y en principio de acciones de santidad. Por ello, A. H., á pesar de que la fé es un acto del entendimiento que ilustrado con luz divina da asenso á la verdad que ella le descubre, San Pablo nos la presenta como un sentimiento del corazon, que se traduce en actos exteriores; *corde creditur ad justitiam. ore autem confessio fit ad salutem* (2). Con el corazon se cree para justificarse, y con la boca se confiesa esta fé para salvarse. El sentimiento y la palabra y la obra dan testimonio de la fé. Sin este sentimiento la fé está muerta, dice Santiago (3): *pruebame tu fé con las obras, añade, si quieres que la reconozca en tu alma.*

Esta idea, este conocimiento de Jesucristo, es el que constituye el carácter de verdadero cristiano. Los que son de Cristo, dice San Pablo, viven del espíritu de Cristo, los que no tienen este espíritu no son suyos (4). Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús (5) para que su vida se manifieste en vosotros (6). Y será posible que tenga estos caracteres del verdadero discípulo de Jesucristo, el que no conoce á su maestro ó tiene tan solo de él una idea vaga, genérica, especulativa?

El Cristiano, A. H., vive de la fé, de la esperanza y de la caridad. Ellas forman la sávia divina que Dios inocular en el alma al tiempo de regenerar al hombre, y hacerle hijo suyo en el bautismo; pero estas tres virtudes quedan como un mero hábito, sin acción, sin influencia, como sávia del árbol que nada produce y apenas mantiene su vida en el invierno sino están movidas, ejercitadas y como calentadas con ese conocimiento, con esa reflexión, con ese sentimiento que nos vivifica comunicándonos el espíritu de Jesucristo. La fé, raíz de toda justificación (7),

- | | | | |
|-----|------------------------------|-----|------------------|
| (1) | Rom. XII. 1. | (2) | Rom. X. 10. |
| (3) | Jacob. III. 17. 18. | (4) | Rom. VIII. 9. |
| (5) | Philip. II. 5. | (6) | II. Cor. IV. 11. |
| (7) | Conc. Trid. Sess. 8. cap. 7. | | |

principio de la vida espiritual, luz divina que brillando en el alma le descubre sublimes verdades, y describe en torno suyo el magnífico horizonte del mundo sobrenatural, sin ese conocimiento de Jesucristo, en cuya palabra se funda, queda reducida á una credulidad rutinaria que no constituye obsequio racional, y no sabe dar razon de sí misma. ó se ve combatida por una razon orgullosa que se resiste à todo sacrificio, y que para autorizar su resistencia engendra la duda que conduce á la indiferencia especulativa, ó bien es una fé especulativa que se acompaña con la indiferencia práctica. Los hechos lo atestiguan. ¿Por qué vemos rendirse tantos cristianos al vano y capcioso sofisma de la incredulidad? ¿Por qué tanta resistencia á creer ciertas verdades de nuestra Religion, que contradicen al orgullo y á la sensualidad y exigen su sacrificio? ¿Por qué la rebelion contra la Iglesia y sus preceptos que son la realizacion de aquellas verdades? Sin duda, A. H., porque no se conoce bien á Jesucristo, ni se tiene de El la idea que debe tenerse, ni se anidan en el corazon los sentimientos que hácia El debe tener el cristiano. Si así no fuera, si se tuviera esa verdadera fé en Jesucristo, lejos de imitar á los Cafarnaitas, que se alejaron diciendo à cada paso: *durus est hic sermo* (1), esclamarían con San Pedro y los Apóstoles: Nosotros creemos que eres Hijo de Dios, y por consiguiente que tu palabra, siquiera humille nuestra debil razon, y abata nuestro orgullo, es palabra de verdad infalible, es palabra de vida eterna (2).

El hombre cristiano vive de la esperanza, La fé descubriéndole el término de sus aspiraciones en el cielo, le hace esperar su posesion y los medios de llegar á ella. Esta le anima en la lucha, le sostiene en la tribulacion, le lleva á la oracion, le hace héroe en la paciencia, enjuga sus lágrimas en el dolor, y le inunda de gozo en medio de las angustias de la afliccion. Y ¿en quien se funda esta esperanza sino en Jesucristo que mereció al hombre las fuerzas de la gracia y le dijo en persona de sus apóstoles *Confidite filii* (3)? ¿quien sostiene esa esperanza sino el conocimiento de Jesucristo y el recuerdo de sus palabras y el espectáculo de su sacrificio necesario, segun el mismo dijo, para que como hombre llegase à la posesion de su Reyno (4)? Quitad al

(1) Joann. VI. 61. (2) Joann. VI. 69. 70.

(3) Joann. XVI. 33. (4) Luc. XXIV. 26.

hombre esa fé, ese conocimiento, robadle ese modelo, apartad de delante de su alma á Jesucristo: ¿qué espera ya? ¿Quién le sostiene? En medio de esa no interrumpida sèrie de tribulaciones que le rodean, en esa lucha incesante de las pasiones, en medio de la contradiccion, de la pena, del desengaño; ¿donde dirigirá sus ojos para que repose el alma en su deseo de felicidad? Sin Jesucristo no hay esperanza, no hay mas allá, no hay, A. H., sino la muerte tras la desesperacion.

El hombre cristiano vive de la caridad. Llama divina, que del cielo trajo á la tierra el Hijo de Dios, hija de la fé, y alma de ella al tiempo mismo, la caridad es la que, inflamando el corazon, le eleva sobre la tierra, purifica sus afectos, le acerca á Dios, y á El le une. Dichoso quien de ella vive: Si me amais, dice Jesucristo, mi Padre os amará y vendremos á vosotros y pondremos nuestra morada en vuestro corazon (1). Desgraciado el que carece de ella: El que no ama, dice San Juan, permanece en la muerte (2): el que no ama á Nuestro Señor Jesucristo, grita San Pablo, sea anatéma (3). Y ¿cómo le amará el hombre que no le conoce, que no forma exacta idea de El, ni descubre su amor que le hizo ser víctima por nosotros, y su bondad. y su dulzura, y su caridad ardiente, que le hizo pasar sobre la tierra derramando bienes, y morir en un patíbulo, y dársenos en alimento? El amor, la caridad de Cristo nos apremia, dice San Pablo (4); pero es solo cuando la conocemos, la profundizamos, la saboreamos, y hacemos descender y abrigarse en nuestro corazon la idea que de ella nos hace formar la fé en la lectura y meditacion en las bellísimas páginas del Evangelio.

Ni la fé, ni la esperanza, ni la caridad se desarrollan y producen en el hombre sus frutos de vida eterna sin el conocimiento de Jesucristo. ¿Como creerán, dice el Apóstol, en aquel á quien no oyeron (5)? ¿Como creerán en aquel á quien no conocen? ¿como esperarán en El? ¿como le amarán? Y sino creen, sino esperan, sino aman, ¿que son sinó un fantasma de cristianos, autómatas que se mueven sin saber de donde vienen ni á donde van, cañas débiles que se doblan á todo viento, niños vacilantes

(1) Joann. XIV. 23.

(2) I. Joann. III. 14.

(3) I. Cor. XVI. 22.

(4) II. Cor. V. 14.

(5) Rom. X. 14.

que ceden al impulso de cualquiera soplo de doctrina de error, que emponzoña el alma, alhagando la pasión y el apetito (1)?

En la última noche de su vida el Salvador del mundo rodeado de sus discípulos, à quienes da sus últimas instrucciones, levanta los ojos al cielo, y dirigiendo su palabra al Padre, esclama: Me has enviado para que dé à los hombres la vida eterna: clarificame, haz que me conozcan: Yo he hecho ante ellos cuanto me mandaste para que te conozcan y crean que tu me has enviado, clarificame para que crean y te amen, y vivan del amor con que tu me amas y yo te amo. y tengan vida eterna. Esta es la vida eterna, que te conozcan à Ti solo Dios verdadero, y à Jesucristo, à quien tu has enviado (2). ¿Qué podremos añadir à esa palabra de Jesucristo? La vida del alma, el camino que conduce à la felicidad está en el conocimiento, no esteril, sino conocimiento de amor, de Dios Padre y de Jesucristo su hijo; y esto dice, explica Alapide (3), porque este conocimiento es la base de la fé en todas las demás verdades. Con el se explica todo; sin él, todo es enigma: Dios, hombre, sociedad, destino, civilización, todo se esclarece, todo se ilustra conociendo à Jesucristo, sin él todo queda envuelto en tinieblas. ¿No lo prueba el estado del mundo, y las ideas del hombre en los cuarenta siglos que le precedieron? No lo demuestra el cambio que experimenta la humanidad en cuanto aparece Jesucristo? No lo evidencia la incertidumbre, la duda, la oscuridad en que vemos se envuelve todo sistema que prescinde de Jesucristo, y el vacío que deja en la sociedad que le destierra de su seno? Cuando Jesucristo se ausenta, dice Lamennais, todo queda en tinieblas, porque tras El, como tras del sol que arrastra à sus planetas, se van todas las instituciones y todas las luces que aportó à la tierra para hacer al hombre feliz (4).

Confesémoslo, A. H. Jesucristo es el camino, la verdad y la vida, (5) es la luz del mundo, el que le sigue no anda en tinieblas, (6) el que no le sigue, en ellas anda metido sin descubrir jamás la verdad absoluta, ni la felicidad verdadera. El conoci-

(1) Ephes. IV. 14.

(2) Joann. XVII.

(3) *A lapide in hunc locum Joann.*

(4) Lamennais. *Ensayo sobre la indiferencia* lib. 2.

(5) Joann. XIV. 6.

(6) Joann. VIII. 12.

miento de Jesucristo gravado en nuestros corazones, basta para desterrar el error, la duda, la supersticion, el vicio y la muerte, y para fijar en ellos la verdad, la paz, el gozo, la santidad, la vida y la salud. A la manera que el sol, levantándose en el horizonte disipa las sombras y tinieblas que cubrian la faz de la tierra, asi cuando Jesucristo, luz del mundo, sol de justicia aparece en el entendimiento y el corazon de los fieles y difunde las riquezas de su luz divina, el error se disipa, la pasion pierde su fuerza, el crimen huye y se cumple lo que anuncia el Profeta: *exurgat Deus et dissipentur inimici ejus* (1).

El que conoce á Jesucristo conoce la grandeza de Dios, que tiene á un Dios por adorador y por victima y aprende el respeto y la santidad con que debe servirle. Conocido Jesucristo, se conoce la corrupcion profunda del hombre y la malicia del pecado que exigia para su reparacion el sacrificio de un hombre Dios. El pecador ante la enormidad de sus crímenes y la eternidad de las penas, correría á la desesperacion; pero en Jesucristo encuentra un mediador que con su sacrificio y su muerte, tomando sobre si la deuda, le reconcilia con Dios y le devuelve la paz. El es, dice San Pablo, el Sacerdote que con su sangre obró la espiacion y entró en el tabernáculo eterno, hallando redencion para el hombre. (2) El pecador extraviado en la selva de las pasiones, necesita un camino para volver á Dios, rodeado de error, de ilusion y de mentira necesita una luz que le descubra la verdad, reducido al estado de muerte, desea volver á la vida: Jesucristo saliéndole al encuentro le dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida, (3) el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de vida eterna (4): porque creyendo en mi, el infierno quedará vencido, el demonio encadenado, destruido el espíritu del mundo, sometidas las pasiones, y entronizada como señora en el corazon la gracia. El hombre que abraza la penitencia, conociendo á Jesucristo, encuentra el perfecto modelo de ella en un Dios que se humilla, padece, renuncia toda consolacion, y no tiene donde reclinar la cabeza (5). El que se ve sometido al dolor y la mi-

(1) Psalm. LXVII. 2.

(2) Hebr. IX. 12.

(3) Joann. XIV. 6.

(4) Joann. VIII. 12.

(5) Math. VIII. 20.

seria encuentra su ejemplar y su consuelo en el que dice: Venid á mi los que os veis fatigados y yo os aliviare. (1) El justo conociendo á Jesucristo conoce al que es su justicia, su santificacion, y su redencion (2). al autor y consumidor de su fé (3). Todo lo encontramos en Jesucristo; el es para nosotros la razon y el principio de todas las cosas, dice San Ambrosio (4): Jesucristo es el arca santa que encierra todos los tesoros de la sabiduria, de la ciencia y de la caridad de Dios (5). En el y por el subsisten todas las cosas (6). El es el divino modelo al cual es preciso ajustarse para ser del número de los predestinados (7). En el finalmente como en inacabable tesoro encontramos cuanto necesita el entendimiento y el corazon, cuanto necesitamos para la vida presente y la futura, cuanto reclaman para ser felices el individuo y la sociedad, y cuanto mas; hondemos en su conocimiento tanto mas adelantaremos en el camino del bien y de la vida, porque si conocer á Jesucristo es la vida eterna, tanto mas tendremos de esta vida cuanto mas adelantemos en su conocimiento, hasta que la poseamos en toda su plenitud, cuando lleguemos al término de esta ciencia, viéndole y conociéndole como es en sí. (8).

Dichoso quien tiene esa ciencia celestial, testimonio fiel de Dios que da sabiduria á los pequeños y enseña la rectitud de la justicia del Señor que alegra el corazon. El que llega á su posesion la prefiere al oro y á las piedras preciosas, (9) y juzga como nada en su comparacion todos los tesoros de la tierra (10). La saborea porque es mas dulce que la miel y el panal y como San Pablo, lo mira todo como heno y miseria, y las ganancias y grandezas del mundo como perdidas á trueque de lograr esa ciencia, ese conocimiento de Jesucristo que dilata hasta el infinito el horizonte de la inteligencia, eleva hasta Dios las aspiraciones del corazon y despojando al hombre del viejo Adan le viste del nuevo que es criado segun Dios en santidad y justicia de verdad, (11) y le hace feliz en todo tiempo, acercándolo, uniéndolo, abismándolo eternamente en el seno de Dios. Pero, ¡ay V. H. y A. H! Esta ciencia que cambió la faz de la

(1) Math. XI. 28. (2) Hebr. XII. 2. (3) S. Cor. I. 30.
 (4) S. Ambrosio. Libr. de Virgin. C. 3. in Ps. XL.
 (5) Coloss. II. 3. (6) Coloss. I. 17. (7) Rom. VIII. 29.
 (8) S. Joann. III. 2. (9) Psalm. XVIII. 8.
 (10) Philip. III. 8. (11) Ezech. IV. 24.

tierra, y regeneró al género humano, este conocimiento que formará esos sábios y esos santos que admiran los siglos, esta ciencia que mejoró las leyes, suavizó las costumbres, levantó de su abyección à la mujer y al pobre, é inculcó savia vital en todas las instituciones, sobreponiéndose à todos los obstáculos, y dejando atrás los dorados sueños de los poetas y de los filósofos antiguos, esta ciencia en fin tan necesaria al Cristiano, que sin ella se confunde con el pagano y no puede aspirar al término que es su union con Jesucristo, y la participacion de su santidad y de su gloria, la poseen todos, es estimada, buscada, cultivada por todos? Preciso es confesarlo; Jesucristo es ignorado de gran número de cristianos y este es el origen de todos los males que lamenta la edad moderna.

II.

Conocer à Jesucristo, hemos dicho antes, es tener idea exacta de su persona, de su Divinidad, de su mision, de su espíritu, de su doctrina, de su santidad y de su amor, deduciendo de ello las consecuencias prácticas acerca de los deberes de respeto, de gratitud, de sumision, de imitacion y de amor que de aquella idea nacen en nosotros hacia El, para vivir de su espíritu, reflejarle en la tierra y hacerle aparecer entre los hombres, à fin de que se realice la gran mision que recibiera del Padre de restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra. (1) Esta es en si misma y en su objeto esta ciencia, que en tanto es fecunda en cuanto es una ciencia no de mera especulacion del entendimiento, sino de aplicacion à las acciones, à la vida individual y social.

Y quién duda V. H. y A. H que así considerada esta ciencia es ignorada de la mayor parte de los hombres? Figura es de Jesucristo, dice San Bernardo (2) con San Hilario y otros Santos Padres el libro misterioso que vió San Juan en el Apocalipsis, escrito por dentro y por fuera y sellado con siete sellos: (3) porque Jesucristo es Dios y es hombre, y forma un misterio, dice San Pablo, el gran misterio de Dios Padre, escondido en su se-

(1) Eph. I. 10.

(2) Serm. de sep. signac.

(3) Apoc. V. 1

no antes de los siglos y generaciones. (1) Este libro, solo el Cordero que fué muerto, solo Jesucristo mismo puede abrirlo y descifrarlo al hombre rompiendo los sellos que ocultan su escritura interior y misteriosa. (2) Este libro en fin, el mismo que vió Ezequiel, solo de mano de Dios lo recibe el hombre. (3) Es decir, V. H. y A. H. que el estudio de esta ciencia tiene su principio en la fé, en la sumision del entendimiento á la palabra de la revelacion, y á la autoridad infalible de la Iglesia que es su depositaria y su maestra. ¿Y la revelacion y la Iglesia qué merecen á los hombres de nuestros tiempos? Desden, desprecio, contradiccion. Lo que por si no alcanza la razon abandonada á si misma y á sus desvarios, hijos de la pasion que la tiraniza cuando se proclama soberana é independiente, lo que la razon no le muestra en su mezquino círculo de verdad, ó en su soñado espacio de ficciones y sistemas, el hombre no lo admite, lo niega, lo rechaza. Por ello queriendo medir á Jesucristo, y mirándole al través de ese vidrio que todo lo empequeñece á proporcion del mismo, le vé puro hombre, cuando mas sábio filósofo, á lo sumo un fenómeno histórico en quien supone contradiccion, tal vez un mito. Los que de tal instrumento óptico se valen para formar en su interior la imàgen del grande objeto, le conocerán, le sentirán dentro de si como el es, y percibirán la poderosa influencia de su espíritu y de su gracia? Imposible. Jesucristo mismo lo dijo hablando á su Padre: gracias, Padre mio, porque escondiste estas cosas á los que blasonan de sábios y de prudentes, y las has revelado á los pequeños y sencillos de razon. (4)

Al recibir Ezequiel y San Juan el libro misterioso, les dice la voz del cielo: toma y come, devora ese libro para llenarte de su sustancia. (5) Es decir, V. H. y A. H. que el conocimiento de Jesucristo se adquiere por la aplicacion constante del entendimiento y del corazon á profundizar en esa ciencia, haciéndose sustancia propia el espíritu de Jesucristo, mediante la oracion, la meditacion y el estudio de la Religion. ¿Veis á muchos aplicar estos medios para llegar al fin? ¿Qué estudio se hace de la Reli-

(1) Ephes. III. 9.

(2) Apoc. V. 7.

(3) Ezech. III. 3.

(4) Math. XI. 25.

(5) Ezech. III. 1. Apoc. X. 9.

gion, que toda se refiere y es la esplicacion del gran misterio de Jesucristo? En la infancia se aprende el pequeño catecismo, la escritura exterior del libro, que se dá al niño porque no es capaz de penetrar el sentido de la interior. Llegada la edad en que este estudio debiera hacerse, se abandona enteramente. Creese el hombre rebajado si se ve en sus manos la esplicacion del Catecismo. Creese dispensado de saber más, se juzga ya demasiado sábio con lo que aprendió sobre las rodillas de tierna madre, ó en los bancos de escuela primaria y tal vez ha olvidado ya, tiene por indigno del hombre descender á ese estudio. Es propio de niños, se dice, mayores cosas me llaman y me convienen. ¡Impropio de la edad madura el estudio de Dios, y de Jesucristo, del hombre y de su destino! ¡Indigno del hombre el estudio de la ciencia que dá solución á todas las grandes cuestiones que desde el principio del mundo han ocupado á las mas ilustres inteligencias! Ah! se estudian estas cuestiones, se busca su solución, pero en sistemas filosóficos, lejos de Jesucristo, haciendo abstracción de El, mas aun, buscando una solución que contradiga á la solución de Jesucristo, y prefiriendo la duda, la incertidumbre, la utopia á la noción clara y precisa del hombre Dios. Indigno del hombre el estudio del gran modelo, y la práctica de lo que conduce á trasladar á nosotros sus rasgos principales! ¿Qué hay pues digno del hombre, si esto no es digno de él? ¿En qué ocupan su espíritu la mayor parte? En cosas vanas é inútiles que dejan vacío el corazón, en el pasatiempo, la diversion y la disipacion continua; siempre fuera de si mismos, sin hacer reflexion sobre su principio y su fin; en la vida de la materia, nunca en la vida del espíritu. El hombre animal y el hombre mundano son una misma cosa: ni el uno ni el otro, dice S. Pablo, saben ni pueden conocer las cosas de Dios (1). Ni uno ni otro conocen á Jesucristo. Se convierten á las fábulas, buscan maestros que alagan el oído, y lo cierran á la voz de la verdad para no ver turbada la falsa paz de sus conciencias (2). Y gracias V. H. y A. H. que en la edad primera se aprendiera el nombre de Jesucristo, y los lineamientos exteriores de su noble figura, gracias que ese boceto no haya sido borrado enteramente, gracias en fin que se conserve

(1) I Cor. II. 14.

(2) II Tim. IV. 4.

en el espíritu y en el corazón el recuerdo que un día pueda despertarse y llamarlos à sí mismos como deseaba el Profeta: Necios, entended alguna vez (1): volved prevaricadores, al corazón, alimentando esa débil centella oculta en las cenizas (2).

El libro misterioso en fin comido por el Profeta, y por el Apostol Evangelista, dulce en su boca, llenó de amargura sus entrañas (3). Figura también es esto del efecto que el conocimiento de Jesucristo produce en los que à él se dedican como devorando este libro. Dulce porque descubre al alma los tesoros del amor divino y la inunda de las delicias de su tiernísima misericordia, se hace amargo à las entrañas, à la carne, à la sensualidad, porque exige el sacrificio y mezcla el absintio con la miel deseada de los placeres. Y esto explica también porqué son tantos los que ignoran à Jesucristo, los que temen y resisten conocerle y se rodean de mil pretextos para que no se les descubra. Saben que conocido Jesucristo, es inexcusable la vida inmortificada y sensual, es consiguiente abrazarse con la cruz, y modelar la conducta por las severas máximas del Evangelio; saben que hecho manifiesto al alma Jesucristo todo lo atrae en pos de sí (4) y que esta atracción misteriosa separa al hombre de los ídolos que se formara su corazón, y no tienen valor para el sacrificio, admiran pero temen el amor divino y sus efectos. Como los judios à Moisés quieren verle tan solo al través de un velo que robe sus resplandores (5) ó piden treguas como el que pidió tiempo para enterrar à su Padre antes de seguir à Jesucristo (6), ó se entristecen al descubrir los sacrificios que exige, como el jòven que le pregunta por el camino del cielo (7), ó le abandonan en fin como los Cafarnaitas (8), y como los pecadores de que habla el Profeta que bien avenidos con sus pasiones dicen al Señor: *recede à nobis, scientiam viarum tuarum nolumus* (9). Hé aquí porque son tan pocos los que conocen à Jesucristo. La vida y la doctri-

- (1) Ps. XCIII. 8.
- (2) Isai. XLVI. 8.
- (3) Ezech. III. 3. Ap. X. 10.
- (4) Joann. XII. 32.
- (5) Exod. XXXIV. 35.
- (6) Math. VIII. 21.
- (7) Math. XIX. 22.
- (8) Joann. VI. 67.
- (9) Job. XXI. 14.

na del Salvador condena las máximas del mundo y tiende á destruir el imperio de las tres concupiscencias que le dominan (1), y los hombres, como dijo el mismo Salvador, aman las tinieblas, no quieren venir á la luz (2), no quieren conocer al que descubriendo á sus ojos la verdad de las cosas, ha de turbar la falsa paz que gozan en el amor de las criaturas, y ha de obrar su entera conversion.

Lamentable ceguedad! Criminal resistencia! Horrible ingratitud! Desorden espantoso! El hombre que confiesa ser Jesucristo el modelo acabado de santidad y el regenerador del mundo; el hombre que se precia de ser participante de esta regeneracion, y de llamarse cristiano, no quiere detenerse en contemplar á Jesucristo, no quiere mirarle cara á cara, no quiere conocerle en una palabra por temor de verse atraido á adorarle, á amarle hasta el sacrificio, á imitarle para aparecer como una copia de su santidad. ¡Buen Dios, que misterio de iniquidad! Que misterio de bajeza y de degradacion! que misterio de ingratitud y de monstruosa contradiccion ofrece la conducta del hombre con respecto á Jesucristo!

Son inescusables, V. H. y A. H. Si yo no hubiera venido, si no les hubiera mostrado quien soy, y lo que he hecho, dice Jesucristo, merecerian perdon (3); pero ahora son inescusables, y atraen sobre si las fatales consecuencias de su ignorancia voluntaria ó de su abierta resistencia. El profeta Oseas decia á los Judios: ya no hay verdad ni conocimiento de Dios sobre la tierra; y de aqui proviene que las venganzas, la mentira, el homicidio, y el adulterio han inundado el mundo (4). S. Pablo decia tambien á los Efesios: No siguen sino la vanidad de sus ideas, su espíritu está lleno de tinieblas alejados del camino de Dios, no teniendo parte en las promesas divinas y sus esperanzas en este mundo, se abandonan á toda clase de impurezas y de avaricia (5). No es esta, señores, la pintura de la situacion actual del mundo? Doquiera que volvamos la vista que vemos sino sistemas opuestos á sistemas que nacen hoy para morir desacreditados mañana, y siempre y todos sembrando la duda, el escepticismo,

(1) I Joann. II. 16.

(2) Joann. III. 19.

(3) Joann. XV. 24.

(4) Osee IV. 1.

(5) Eph. IV. 17.

que enfria y mata, ó proclamando con cinismo la negacion de Dios para entronizar al hombre? Que descubrimos sino hombres que jamas miran al cielo y tan solo en la tierra buscan la soñada felicidad? Qué vemos sino la concupiscencia reinando, el goce del sentido proclamado ley de la humanidad, la corrupcion la impureza, la disolucion mas espantosa? Qué vemos sino el sordido interés al cual todo se sacrifica y el becerro de oro levantado sobre el altar de la sociedad? Qué vemos sino al hombre enemigo del hombre, que mintiendo en sus oidos la palabra de hermano, tal vez acecha el momento de clavarle el puñal en el corazon? Qué vemos sino la fria indiferencia, y el olvido de todo cuanto lleva la luz divina à la inteligencia y la paz verdadera al corazon, y en este el tedio, el hastio, la desesperacion que conduce al suicidio? Lo vemos, lo lloramos y discurremos vanamente sobre las causas y sobre el probable remedio.

La causa V. H. y A. H. es una, el remedio uno tambien. La causa es la ignorancia, el olvido, el desprecio, la oposicion à Jesucristo. Sin El nada se explica de un modo absoluto y positivo en el orden de las ideas: El es la verdad; faltando El, prescindiendo de El, no queda sino la duda y el error. Sin Jesucristo nada espera el hombre, nada ve mas allá del sepulcro; no buscando sino la tierra, y viviendo sin esperanza, ni halla bálsamo à sus heridas, ni consuelo à su afliccion; y no temiendo, y secando la fuente del remordimiento, lánzase à la carrera del mal, buscando tan solo engañar ó burlar las prescripciones de la ley humana. Sin Jesucristo la caridad no existe, el corazon es esencialmente egoista, y el egoista es siempre enemigo de los demás.

En vano se discurre: la causa única del mal que aflige à los buenos, y triunfa de los pueblos es el olvido, la ignorancia, el alejamiento de Jesucristo. El remedio no puede ser otro que el conocerle, acercarse à El, vivir de su espíritu. El cambio que la historia nòs describe obrado en el mundo en cuanto fué predicado y conocido Jesucristo, tanto en el orden de las ideas como en el de las costumbres, en la vida del individuo y en la de la sociedad, nos descubre el que puede obrar y obrará infaliblemente si otra vez buscamos, llamamos, estudiamos à Jesucristo. No está lejos; no se ha ausentado aun del todo de entre nosotros, aun nos convida, nos llama, nos apremia. Su religion, su fè, su doctrina, sus Sacramentos, su culto todo es nuestro todavia. El remedio pues, está à nuestra disposicion: apliquémoslo V. H. y

A. H., y el resultado será infalible. Estudiemos à Jesucristo, conozcàmosle, acerquémonos à El, amèmosle, vivamos de su espíritu, y El, no ya pasando como en la Judea sino permaneciendo y habitando con nosotros como prometió hacerlo hasta la consumacion del siglo (1), derramarà bienes en abundancia: y al que admirando su obra pregunte: Eres tu el que ha de venir, ó esperamos otro; responderà como entonces, id y contad lo que habeis visto y oido: los sordos oyen, los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados; (2) porque he venido para que tengan vida y vida mas abundante. (3)

Este es nuestro ministerio, venerables hermanos: hacer que sea conocido Jesucristo; evangelizar las inestimables riquezas de Cristo (4), como el grande Apóstol, haciéndole habitar por la fé en todos los corazones (5), para que su vida aparezca en nuestra carne mortal, y se perpetúe multiplicado el pueblo aceptable seguidor de buenas obras, que se propuso adquirir para sí, entregándose à la muerte (6). No lo perdamos de vista un solo momento; gloriàndonos como San Pablo de no saber sino à Jesucristo y este crucificado (7), y sabiendo que no hay ni puede haber otro fundamento sólido de grandeza para la humanidad sino Jesucristo (8) prediquémosle incesantemente. En la enseñanza del Catecismo à los niños, en la esplicacion del Evangelio à los adultos, en la administracion de los Santos Sacramentos, en las conversaciones privadas, en nuestras palabras y en nuestras obras, no tengamos otra mira sino la que tenia el mismo Apóstol, que decia à los Galatas: *filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* (9). En el mundo se hace la guerra à Jesucristo; luchemos nosotros en defensa de sus derechos; empuñemos las armas de nuestra milicia, poderosísimas en Dios para humillar toda altura que se

(1) Math. XXVIII. 20.

(2) Math. XI. 8.

(3) Joann. X. 10.

(4) Ephes. III. 8.

(5) Ephes. III. 17.

(6) Tit. II. 14.

(7) I. Cor. II. 2.

(8) I. Cor. III. 11.

(9) I. Galat. IV. 9.

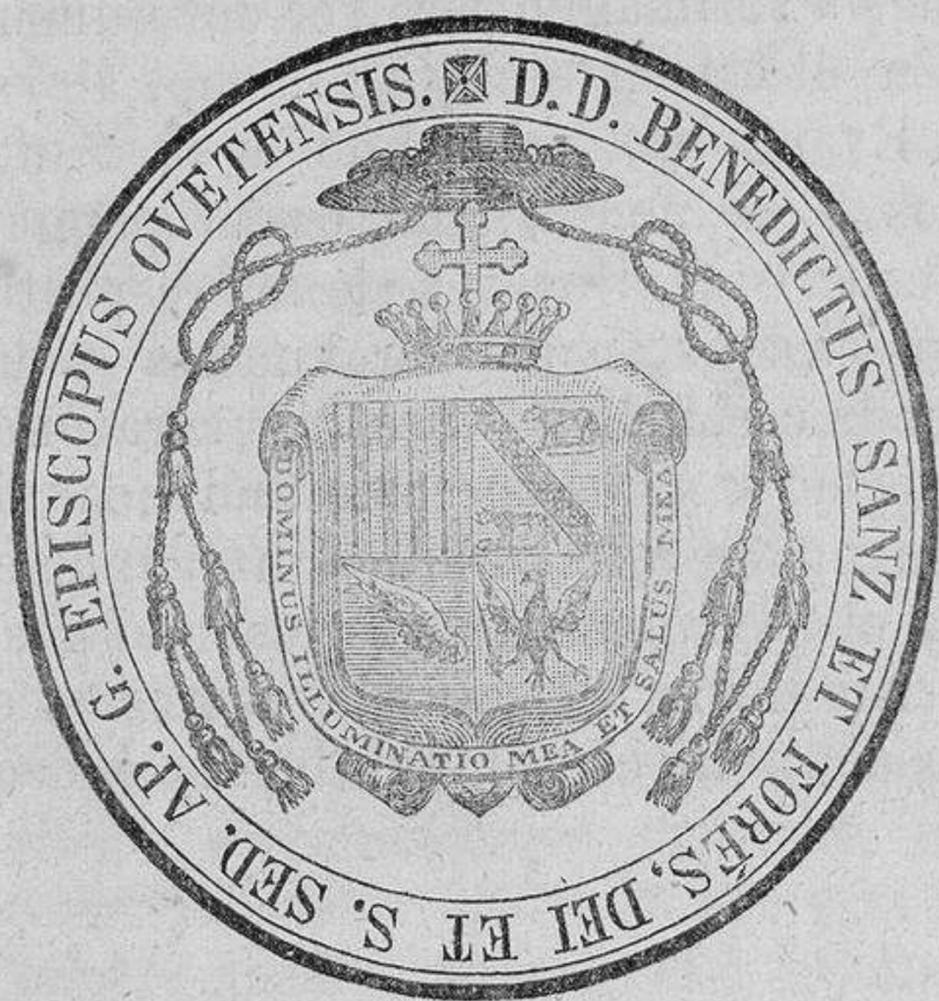
levanta contra la ciencia de Dios, y reducir à cautiverio todo entendimiento para que obedezca à Cristo (1), y le sirva con obsequio racional (2) y esforzémonos sobre todo en copiar nosotros este divino modelo para poder decir à todos los fieles: *imitatores mei estote, sicut et ego Christi* (3).

No apartéis la vista de Jesucristo A. H. Repitiendo con San Pedro: nosotros creemos y conocemos que tu eres el Cristo hijo de Dios vivo (4), acercaos à El para que os ilumine (5), ya que es la luz del mundo (6). Escuchadle, como nos dice la voz del Padre en el Tabor (7) imítadle, vistiéndoos en El mismo (8) para que su vida aparezca en vuestra carne mortal (9), haciéndoos en todo conformes à su imágen para ser del número de los predestinados (10). En el estudio del Catecismo, al escuchar la predicacion del Evangelio, asistiendo à la Santa Misa, y recibiendo los Santos Sacramentos. no os propongais sino conocer mas y mas à Jesucristo, llenaros de su espiritu, amarle é imitarle en todas las circunstancias de vuestra vida, para que viva por la fe y por la caridad en vuestros corazones (11), y renunciando à la impiedad y à los deseos mundanos, vivais sobria, justa y piadosamente en este siglo, aguardando es esperanza bienaventurada, y el advenimiento glorioso del gran Dios y Señor nuestro Jesucristo (12), y seais sus herederos en el cielo (13), como os deseamos con todo el corazon, bendiciéndoos

- (1) Cor. X. 4.
- (2) Rom. XII. 1.
- (3) I. Cor. XI. 1.
- (4) Joann. VI.
- (5) Ps. XXX. 6.
- (6) Joann. VIII. 12.
- (7) Math. XVII. 5.
- (8) Rom. XIII. 14.
- (9) II. Cor. IV. 2.
- (10) Rom. VIII. 29.
- (11) Ephes. III. 17.
- (12) Tit. II. 12.
- (13) Rom. VIII. 17.

en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.
Dadas en nuestro Palacio Episcopal de Oviedo à los dos
dias de Enero de mil ochocientos setenta y ~~dos~~

BENITO, OBISPO DE OVIEDO.



Por mandado de S. S. I.
el Obispo mi señor,
Dr. José Mesequer,
Secretario.

Oviedo: Imp. de «La Unidad» á cargo de J. Laruelo.

Plazuela de la Catedral, núm. 9.